



El último huaquero

Luis Sánchez, curtido hombre de aventura, ofrece testimonio de la gloria y el ocaso de una actividad tan arriesgada como controversial: el desentierro de huacas.

Escribe: José Carlos Pérez
Estudiante de Ciencias de la Comunicación

Un arco amarillo pequeño y simple resguarda la entrada, los muros de adobe bajos y anchos que recorren la fachada están deteriorados, el reflejo pleno del abandono y la inseguridad. Las calles de Salamanca son amplias pero sus casas y veredas angostas, mayormente solitarias y tristes, y orgullosamente llevan nombres alusivos a la lejana Madre Patria. El centro poblado es pequeño, seco y árido, con poco menos de 700 habitantes, dos iglesias, una comisaría y una escuela. No hay mucho que ofrecer, las personas se dedican a la agricultura y muchos otros ya se fueron.

La habitación es grande, las paredes anaranjadas son de textura grumosa debido al desnivel del adobe; están decoradas con marcos de fotos. Las ventanas generosas permiten que la luz ilumine toda la sala y el piso de cemento lustrado posee un resplandor tenue. La mueblería es antigua, pero conservada. Luis Sánchez está sentado en una silla frente a la puerta. Es de estatura mediana, tiene cabello ondulado, ojos grandes que miran perdidamente al techo.

- Es peligroso, además ahora es ilegal. Muy pocos chaquirean, dice mirándose las manos.

En 1905 los hermanos Larco compraron Salamanca. Hectáreas fértiles para el sembrío, canales de riego y cercanía a otras haciendas fueron el impulso para que Rafael Larco Herrera, primer vicepresidente de la República durante el gobierno de Manuel Prado Ugarteche, tomase las riendas de la hacienda, al igual que en Chiclín, para dedicarse a los cultivos de panllevar y la crianza de cerdos y toros.

Los hacendados proveían alimentos y velaban por el bienestar del pueblo. Los obreros y empleados tenían viviendas designadas para cada uno de ellos, trabajan noche y día, contaban con apenas estudios primarios y muchos de ellos carecían de ambiciones. En épocas donde las distracciones cotidianas eran la lectura, la tauromaquia y el paseo a caballo, Rafael Larco Hoyle, hijo de Rafael Larco Herrera, se interesaba por la arqueología y por las culturas de la región Ascope y costa peruana.

Entre 1926 y 1956 funcionó en Chiclín el museo arqueológico más grande de la región, que llevaba el nombre de su fundador, Rafael Larco Herrera. Gran parte de esta colección provino de los alrededores de la hacienda Chiclín y de Salamanca, sumando cerca de 40 piezas prehispánicas. Para 1956 decidieron trasladar el museo a sus instalaciones actuales en el distrito limeño de Pueblo Libre.

La fachada es prominente, el portón metálico verde está resguardado por dos columnas blancas que a su vez sostienen las paredes de color rosa. Está casi abandonado en su totalidad, muy pocos han vuelto a entrar, el camino es terroso y los jardines se han secado y los pocos árboles han muerto ya. Una carreta verde de madera, lámparas oxidadas y restos de fierros decoran desordenadamente la trayectoria hacia la casa. Por dentro, las ventanas, puertas y portones responden a la inseguridad del pueblo con rejas que impiden el acceso a curiosos. Ropa sencilla, sin pretensiones. Mide un metro setenta y cinco, ojos pequeños, cabello cano y lacio. A sus 56 años su voz es profunda y pausada.

- Chiclín se ha vuelto muy inseguro –diría Jorge Cox Denegri- por eso me he visto obligado a cerrar el museo, al

igual que el museo de mi tío.

El exceso de cerrojos y candados reflejan su temor.

Aguardiente y coca para chacchar. El camino es pedregoso, parcialmente cubierto de ramas secas y caña quemada. Luis va en una bicicleta vieja y roída por el óxido, maneja a lo largo de un recorrido sinuoso, pedalea con agitación haciendo rechinar los desgastados pedales de madera, su destino está cerca.

Los sembríos de caña cubren por completo la vista, pero Canta Gallo se deja ver, solitaria, imponente y olvidada. Los ladrillos de adobe aún sigue de pie, cubriendo lo que alguna vez fue una obra arquitectónica representante de la cultura mochica. Huecos y pequeños montículos de tierra rodean la huaca, que a través de los años ha sido víctima de constantes huaqueros.

- Ese lugar está aun sin huecos, ahí habrá que cavar para sacar las chaquiras- diría Luis con los ojos cerrados por el devorador sol de mediodía.

Rafael Larco Hoyle no estudió arqueología, pero su compromiso cultural lo llevó a establecer comités con los obreros, destinados exclusivamente a huaquear con el fin de preservar piezas prehispánicas ubicadas en sus tierras. En la hacienda Salamanca, Santiago Ortiz Pacheco se encargaba de extraer huacos, chaquiras y restos que contribuyesen con el crecimiento del museo en Chiclín.

- Mi tío fue pionero y ferviente protector de la cultura y arqueología en la costa norte del país –dice Jorge Cox Denegri. Descubrió varias culturas: Cupiznique, Virú, Salinar.

Entre 1933 y 1941 llevó a cabo excavaciones arqueológicas que tuvieron como fin resolver vacíos y problemas al encontrarse con piezas que no pertenecían a las culturas ya descubiertas. A raíz de estos hallazgos se realizó un arduo trabajo editorial para la publicación de libros sobre estas diversas culturas en la costa peruana.

El sol quema su piel morena. Luis Sánchez suda, suspira y con la manga del polo limpia el sudor de su frente. Toma la botella de aguardiente y bebe un sorbo y luego chaccha muy suavemente las hojas secas de coca que saca de su pantalón gastado.

- Hay que tener coraje y fuerza para hacer esto, el calor te vence –dice Luis Villanueva- y acá uno se pasa horas para encontrar algo. Ahora vigilan la zona por la nueva comisaría.

Los trabajadores de las chacras caminan constantemente por la carretera para evitar perderse entre los senderos de los sembríos de caña. Nadie quiere ser atrapado y mucho menos dejar el “trabajo” a medias. Luis agarra su cernidor viejo de la mochila, usualmente van en grupos de tres para avanzar rápido, mira cautelosa y constantemente a los alrededores. La alerta siempre está presente en ellos.

- Cuando éramos adolescentes veníamos a chaqurear a las huacas cerca a la playa de Salamanca –diría Luis Sánchez. Como no teníamos mucho que hacer y nadie tenía televisión, todos veníamos. Íbamos en bicicleta a las huacas cerca al mar, que no pasan del metro y medio de altura, y nos sentábamos a excavar mientras que otro vigilaba. En ese entonces teníamos miedo porque casi siempre se escapaban los toros del criadero y cuando el toro te ponía la vista encima, tenías que salir corriendo o te embestía.



Se rasca el cabello, mira constantemente el cernidor con la mirada fija en la malla mientras pasa su mano limpiando rastros de polvo de una antigua hazaña. El ambiente está cargado, el calor incrementa y los recuerdos regresan, un estado taciturno y luego una sonrisa.

- Es bien difícil armar un collar, normalmente demoras unas 6 a 8 horas para poder hacerlo – dice Luis Villanueva. Hay que sacar con cuidado la tierra y verterla al cernidor, mover con cuidado y tener buen ojo para reconocer las chaquiras porque están cubiertas con tierra. Casi todas son de color naranja, por eso cuando uno encuentra una veneciana, una lapislázuli o una verde se emociona porque son la más difíciles de conseguir.

Desde su apertura se ha inaugurado y cerrado tres veces. El Museo Chiclín abrió sus puertas en septiembre de 1961 y Constante Larco Hoyle y Jorge Cox Larco fueron sus primeros responsables. El Museo Chiclín se clausuró definitivamente en diciembre de 2012. Un mes antes sufrió un robo: se llevaron piezas valiosas, entre ellas collares de chaquira y ornamentos de oro, siendo ésta la primera causa para cerrarlo. Pero además las salas de exhibición estaban resquebrajadas por el crecimiento de las raíces de los árboles.

Está sentado en una silla blanca de madera bajo el cobertizo de la casa, frunce el ceño y tose. Señala con el brazo el edificio contiguo a la casa, de una sola planta, hecho de adobe, pintado de color rosa y puertas de color verde cubiertas por rejas.

- Me vi prácticamente obligado a cerrar el museo – diría Jorge Cox Denegri con voz resentida y un reflejo de cólera en la mirada. El pueblo se ha vuelto muy inseguro y las autoridades no hicieron absolutamente nada para poder resolver el caso.

Las 350 piezas alojadas en estos recintos, provienen de la colección personal de Jorge Larco Herrera, quien junto con Jorge Cox Denegri lograron mantener a flote el museo.

- ¿Alguna vez usted ha huaqueado?

- Nuestro trabajo nunca ha sido huaquear- dice Jorge Cox Denegri. Nosotros, con ayuda de empleados de las haciendas de Salamanca y Chiclín, formamos comitivas encargadas de la extracción de piezas. Los huaqueros que sacan huacos o los chaquireros realizan un trabajo ilegal e irresponsable, ellos solo quieren las joyitas y el resto es inservible. Destruyen huesos, rompen cráneos y los textiles los arrojan como tela inservible. El grado de irresponsabilidad es tan grande que asumo que varios pequeños recintos habrán perdido su mística por haber sido profanados de manera tan brusca.

En 1969 el gobierno de Juan Velasco Alvarado decretó la reforma agraria. Miles de hectáreas pasaron a ser cooperativas y co-

munidades campesinas bajo administración de los empleados. La hacienda Salamanca pasó a ser anexo a la Cooperativa Cartavio, y luego se convirtió en Corporación del Sur Sociedad Anónima. Pero debido al mal manejo administrativo fue vendido a Orlando Sánchez Paredes, quien es propietario actual de las áreas de cultivo.

Desde Chicama hasta Salamanca la tierra ha sido removida y el suelo aplanado. Se han registrado casos de huacas de menor tamaño que al no estar empadronadas han sido destruidas para ganar terreno. Tierras que actualmente pertenecen a Orlando Sánchez Paredes y el Grupo Gloria.

Un sorbo más de aguardiente no calma la sed y tampoco refresca, da coraje. Una camioneta blanca 4x4 pasa cerca. El conductor observa a Luis Sánchez. Agitado y algo cansado se sienta sobre la huaca, echa un ojo de rato en rato por la caña mientras coge pensativo su collar de plata.

- En toda mi vida habré hecho 30 collares de chaquiras, pero con ninguno me he quedado –dice. La familia siempre viene de visita y me ven con un collar o una pulsera y preguntan de dónde lo saqué y termino obsequiándoles. Nunca he vendido las chaquiras, acá en Salamanca todo lo usamos porque nos gusta, nos cuesta conseguirlas y son muy bien vistas.

Un patrullero se divisa desde lo lejos. Luis cautelosamente guarda el cernidor en la mochila, baja por el lado lateral de huaca. Se limpia los zapatos de cuero llenos de polvo. El patrullero pasa por Santa Gallo, observa con desconfianza y sigue su camino.

- Las huacas con más chaquiras están a uno o dos kilómetros del mar, las más pequeñas son normalmente las que tienen chaquiras –diría Luis Sánchez. Pero recientemente me han dicho que han desaparecido. Como no voy hace años por allá, no sé si será cierto.

Las huacas han sido destruidas, es verdad.

El Ministerio de Cultura, el Gobierno Regional de La Libertad y el distrito de Magdalena de Cao han sobresalido por su desinterés en las huacas, en los huaqueros y en los que buscan rescatar la cultura. El resentimiento de Jorge Cox se ve reflejado en su mirada melancólica, llena de promesas sin cumplir y proyectos trancos. El abandono y la falta de apoyo podrían significar la donación total de las piezas del museo.

El trabajo de los chaquireros, que a pesar de ser ilegal continúa haciéndose, es muy peligroso. La inacción de los responsables en recuperar el legado cultural, es el reflejo de una sociedad carente de identidad cultural. Muchos huesos están destruidos, muchos huacos se han rajado, muchas huacas han sido derribadas y demasiadas chaquiras se han perdido.